

EL FILÓSOFO EN SU SILENCIO

(A propósito de *Agora silenciosa*)

La raíz elemental de la creatividad -cualquiera que sea su naturaleza- nos cabe descubrirla en la necesidad íntima, a veces perentoria, de dar noticia de algo y de rendir testimonio de un acontecer posible. Pero por venir dada siempre a través de la conciencia que es quien nos la transmite, en este sentido suele ser, en no escasa medida, noticia de sí mismo. Por ello todo escritor ha resultado siempre un hombre indefectiblemente desnudo frente al mundo. Nada de esto niega la eficacia -la relativa eficacia- del método fenomenológico en la búsqueda de la objetividad ni lo evita el que existan escritores que se niegan a sí mismos comprometidos en los mentideros de los más variados intereses.

Sí el hecho de escribir fue en su origen un acontecimiento mágico o lúdico, posiblemente ocasional o quizás funcional, o lo más probable una mezcla de todo esto, con el tiempo deviene en dramático no sólo por razón de lo que hoy entendemos literalmente como tal, sino por las virtualidades que potencialmente contenía el hecho de escribir (para quien lo hacía) como forma de enfrentamiento fáctico con el poder político.

Ello supone, por lo tanto, que todo escritor no sólo escriba de algo y para algo, sino, y muy particularmente, para alguien.

De aquí que la soledad del escritor -soledad que puede tener una etimología diversa- constituye el rasgo más determinante de este fenómeno del que hemos pensado que pudo ser lúdico o mágico en su origen, pero que deviene ahora en dramático.

El escritor en soledad puede parangonarse con el actor que al culminar la representación, se percata de que carecía de auditorio, de que el teatro estaba vacío. ¿Qué hacer entonces? No le queda sino resistir meditativo al silencio que crece y avanza subiendo hasta su rostro como un oleaje de sombras.

El aspecto que más nos interesa ahora es la soledad del escritor que ha sido silenciado; el escritor que ha entrado en conflicto con los poderes fácticos de ciertas formas de Estado que entraña la negación de los derechos de la persona como tal. El Estado tiranía.

En este contexto cabe analizar a Diómedes, la figura central de *Agora silenciosa*. Contexto no sólo constituido por la existencia de un Estado represor, sino por un determinado momento en el desarrollo del pensamiento filosófico que coexisten con el personaje.

La obra, de carácter épico, resulta paradójicamente intimista no sólo por carecer de un lenguaje espontáneo sino por las corrientes psicológicas e incluso- personalistas que afloran en el transcurrir.

Podíamos afirmar lo mismo invirtiendo los términos y decir que siendo intimista, resulta paradójicamente épica por la presencia real del pueblo que con su pasividad -como suele ocurrir y la Historia nos enseña- hace posible la persistencia prolongada de la tiranía. Es épica porque el pueblo tiene su presencia real, porque «estaba allí», aunque sin cumplir la invitación Nietzscheana: «atreveros a ser hombres trágicos pues merecéis la libertad». Culpable por tanto en la hora de la aclamación y culpable en su silencio -siempre útil al poder- por haber cedido al instinto de conservación sobre la capacidad de enfrentar al terror.

En determinados momentos Diómedes es un trasuntó de Anaxágoras; otras veces se nos configura como un personaje heraclíteo dominado por una angustia existencial tan evidente que delata su modernidad y despegue del tiempo histórico donde por razón de la mimesis clásica de la obra ha sido situado. Pero Diómedes es más aún realmente un sofista dotado de un particular rigor crítico y de un limitado desdén por la virtud oficial y por los mitos que al pueblo se ofrecían.

Bertrand Russell afirma que el odio que suscitaron los sofistas, no sólo Platón sino también los filósofos posteriores, provenía de que era muy difícil resistir a su mérito y rigor intelectual.

Sus argumentos llevaban generalmente al escepticismo con un rechazo total para el valor edificante de los mitos que se ofrecían al pueblo para infundirle la virtud de la moderación.

El derrumbamiento de la metafísica tan dudosamente sostenida desde Parménides, nos define -siguiendo el contexto de la obra- como seres sin posibilidad de trascendencia y sólo nos resta como única instancia en este agónico proceso su transpolación al campo de la Historia. La salvación en la Historia donde se proyectaría nuestra imagen -en el sentido unamuniano del término- por lo que en la medida que sepamos o podamos conformar la Historia, el futuro dirá de nosotros. O de otra forma, sólo seremos en la medida en que hemos sido.

La tiranía impuesta por Panda -llegado por el sur- impide a Diómedes no sólo ser el protagonista de su propia vida, sino que le impide protagonizar la Historia -única forma de «salvarse» en este naufragio existencial.

A lo primero aspira con pleno derecho como ciudadano nacido Ubre, que espera las opciones viables por razón de la misma libertad.

En cuanto a lo segundo se siente dispuesto por su condición de filósofo, conciencia lúcida que le depara ser testigo del mundo.

Su frustración en estas dos dimensiones y el sometimiento como precio para evitar su muerte física exacerban su desolación, su desprecio de sí mismo y su evasión onírica hacia el futuro fiando en la juventud de Ruma y buscando su utilización tanto para el presente - poniéndolo al servicio de Panta- como para preservar el porvenir de su imagen convirtiéndole en el albacea de su legado filosófico válido para justificarse ante la Historia.

Su único discípulo y testigo, su único auditorio es Ruma, el esclavo que ha sido elevado a su nivel -sin ser manumitido- en un intento interesado de comunicación que le salve de su radical soledad de hombre perdido -como filósofo silenciado- para la vida y para la Historia. Es Ruma su única salvación, de quien espera resistir a los estrechos límites que angustiosamente le va trazando el tiempo. Pero como nadie puede ser elevado a la condición de persona-máscara sin actuar como tal, a lo largo de toda la obra afloran las tensiones en las que cada personaje pone en juego su propia identidad.

El desenlace no podía ser otro que la tragedia que logra conmover los mismos fundamentos de la tiranía de Panta. Pero tal salida no sólo es en un sentido personal -de los personajes- un suicidio, sino que en el plano social supone solamente una hipotética rotura del momento político para dar paso a otro del mismo signo y quizás más exacerbado. Por esta razón la obra tiene un cierre personalista e íntimo -desde una proyección existencial- que predomina sobre un posible sentido épico.

El pueblo seguirá estando allí, pero silenciado, encarnando por el momento la antiepopéya como los hechos a lo largo de toda la obra. De épica -de participación colectiva- sólo queda la esperanza suspendida de lo parateatral de la acotación última. «Y diríase que de súbito la ciudad de los hombres estalla en resplandores de justicia. Iluminados mármoles de una aurora posible».